

## **DON BOSCO ME HA CONQUISTADO**

### **Homilía en sus Bodas de Oro de profesión religiosa en la Congregación Salesiana Catedral de Punta Arenas**

**2 de febrero de 1981**

Señores obispos. Mis queridos hermanos salesianos. Queridas hermanas salesianas. Muy queridos amigos:

Yo no esperaba que ustedes se molestaran en esta tarde para acompañarme a rezar esta Misa; es una Misa, más bien, íntima, de familia.

Hace cincuenta años, con uno de los sacerdotes que aquí está, el P. Passone, en este día, en la mañana de este día, en la Casa de Macul, en una pequeña iglesia de campo, hacíamos los primeros votos en la Congregación Salesiana.

Yo había entrado a la congregación por una extraña disposición del Señor. Los caminos del Señor sólo El los conoce y nosotros debemos seguir lo que El quiere de nosotros.

Desde niño, yo había sido un hombre, un muchacho, un niño diré mejor, piadoso; en el colegio, sin que nadie me obligara ni que me lo dijera, yo comulgaba todos los días. Es de advertir que no era mi costumbre; en el colegio, en Santiago, donde estaba interno, sólo dos niños, del centenar de internos, sólo dos, comulgábamos todos los días. Y lo hacíamos con gran devoción, por amor al Señor. Y entre las cosas, o diría yo, entre los propósitos y las gracias que yo le pedía al Señor, era la de que yo hiciera su voluntad, lo que Él quería de mí; tenía miedo de no hacerlo, tenía miedo de serle infiel, tenía miedo de no conocer cuál era su voluntad.

Y, por eso, le pedía con instancia, en la Sagrada Comunión, que me guiara para hacer su voluntad.

Siendo muy niño, en el Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en Talca, había querido ser religioso de esa congregación. Mi padre me dijo: "Mire, usted va a terminar sus estudios de Humanidades, se recibe de bachiller y después, escoja lo que usted quiera". Pero él me sacó del colegio en que estaba, pensando, no sin razón, que un niño de diez años se deja inducir fácilmente por sus superiores. Quiriendo él resguardar mi libertad, me puso en otro colegio de religiosos.

Después pensé que debía seguir la carrera de Leyes..., y empecé a estudiar Leyes. Yo a los salesianos los conocía muy poco; los conocía, porque una pariente de mi padre, doña Mariana Silva de Garcés, era la "mamita" de los salesianos en Talca, y a toda la familia nos obligó, la obligó, a ser "Cooperadores Salesianos". Mi padre y mi madre eran "Cooperadores Salesianos"; yo sabía de esto. A mi casa llegaba el Boletín Salesiano y una hojita, el Semanario de

María Auxiliadora, que editaba el Padre Juan Zin. Yo ni sabía quién lo editaba; pero tenía un cuento muy bonito, que era la "Vida de Don Bosco para niños, y yo la leía... Esas eran mis relaciones con los salesianos.

Más tarde, supe que María Auxiliadora, la devoción a la Virgen María Auxiliadora, le había salvado la vida a mi padre...; En la Revolución del 91 (hace años de esto, ¿no?) mi padre era revolucionario, y había tomado parte activa; cuando el Ejército Revolucionario bajaba del Norte y desembarcaba en Concón, él quiso tomar parte activa... Lo descubrieron y lo condenaron a muerte; él, entonces, se fue a un fundo que tenía la familia en San Clemente, y desde allá volvía a Talca, creyendo que no se habían dado cuenta. Mi madre, que había sabido que estaba condenado a muerte si lo pillaban, salió en un coche, encomendándose con todo fervor a la Virgen María Auxiliadora, para poder salvar a mi padre. Lo encontró por el camino, le dijo que lo estaban buscando para fusilarlo, y entonces mi padre volvió atrás, y por la cordillera pasó a la Argentina, a esperar el resultado de la guerra que estaba definiéndose en esos momentos.

Si la Virgen no salva a este hombre, yo no habría nacido, porque en ese momento mi familia consistía solamente en dos de mis hermanos: uno, Eugenio, murió joven, y la otra, Marina, está viva, y lleva el nombre de "Marina", porque nació el año 1891. Así que la Virgen tenía un crédito con esta familia, la Virgen "Auxiliadora", y lo cobró..., y cobró un hijo.

Cuando mis padres supieron (yo estaba estudiando el Cuarto Año de Leyes) que pensaba irme a los salesianos, algunas personas de la familia o de las amistades les dijeron que no era posible que yo entrara a los salesianos, una congregación tan humilde, de personas desconocidas..., "¿cómo va a entrar tu hijo ahí...?"

Mi padre me escribió una carta, diciendo: ..... mire, haga lo que usted crea. Nosotros no tenemos ningún reparo en que usted entre a los salesianos; por el contrario, lo único que le pedimos es que piense bien lo que va a hacer y que sea definitiva su elección, para que no mate de pena a sus viejos padres..."

Entonces entré a los salesianos como aspirante..., a conocerlos...

Un pequeño preámbulo: yo había querido entrar a la Compañía de Jesús. Cuando me di cuenta, estudiando Leyes, de que el Señor quería que yo fuera sacerdote, había querido entrar a la Compañía de Jesús, porque... mis hermanos, mi padre y algunos de sus hermanos se habían educado en los colegios de la Compañía y tenían una gran estimación por la Compañía de Jesús; porque mis confesores estaban en los Padres de San Ignacio, y entonces, para consultar con mi confesor sobre la vocación, le pedí: "Padre, yo quiero conversar con usted sobre esto..."; me dijo: "Ven, ven esta tarde".

Yo fui al Colegio de San Ignacio en Santiago, a hablar con este padre, y lo encontré que estaba afeitándose y me dijo: "Mira, Raúl, no puedo, porque... me llama el Señor Nuncio, pero... ven.; ven mañana en la noche, después de

comer. Te espero...

Bueno! fui. Encontré el colegio cerrado..., una puerta inmensa, no había timbre ni campana donde clamar; golpeé... (ridículo); la portería estaba a cincuenta metros por lo menos de la primera pieza de un Padre. No..., no me oyó nadie... Yo dije: "No, no está de Dios que me oigan... Estaba con estas dudas cuando un compañero de Leyes me dijo: "¿Por qué no vas a hablar con los salesianos...?, con el padre Valentín Panzarasa... (el nombrecito que se gastaba...); Entonces le dije: "Pero, ¿quién es ese Padre? "Ah, me dijo, es un Padre muy bueno, es muy inteligente, profesor de la Universidad, es un hombre muy bueno, es mi confesor..." "Bueno, llévame...", y fuimos al Patrocinio de San José en el mes de diciembre de 1926.

Y nos encontramos con un Padre que estaba en el jardín leyendo una revista de Filosofía; y entonces mi compañero le dijo: "Padre, le presento a mi compañero Raúl Silva. Él quisiera, si usted lo tiene a bien, presentarle sus dificultades y sus dudas... No sé si usted pueda recibirlo..."

"¡Cómo no...! -dijo el Padre-, ahora mismo... "Y entramos en plática con este caballero, con este Padre.... un hombre extraordinario, de gran bondad, de gran espiritualidad, de profunda espiritualidad; un hombre de "cáscara" un poco dura, de apariencia dura, pero de gran corazón. Nos hicimos grandes amigos. Yo lo entendí perfectamente; él me entendió a mí, y yo le dije: "Mire, yo quería hacerme jesuita..." "Ah, me dijo, con todo gusto... Acabo de mandar de este colegio a dos de mis exalumnos que han querido hacerse jesuitas".

Entonces le dije: "Mire, Padre, esperemos un poco... Quiero hacer lo que el Señor quiera, y me he encontrado con una dificultad tan grande para llegar a los jesuitas... y con ustedes me he encontrado con una facilidad tan enorme. Déjeme conocer un poco quién es Don Bosco, quiénes son los salesianos; deme unos libros (me dio unos libros de Don Bosco...)

Me fui a las vacaciones después de pasar al Cuarto Año de Leyes...; me fui a las vacaciones y empecé a leer algo sobre la Congregación Salesiana. De vuelta de vacaciones, le dije: "Mire, Padre, yo creo que el Señor me llama a ser salesiano... Don Bosco me ha conquistado: un hombre moderno, un hombre amante de Dios, amante de su patria, amante de los pobres..., un hombre que no trepidaba ante ninguna dificultad; un hombre lleno de fe, con una caridad infinita, un hombre de Dios, al parecer, sin que nadie se diera cuenta... Me gusta Don Bosco..., ¿qué hay que hacer?"

"Mire, me dijo, para poder entrar a la Congregación Salesiana hay que vivir con los salesianos, porque los que no son alumnos de la congregación no pueden entrar al noviciado sin pasar un tiempo viviendo en ella".

"Y, ¿cómo puedo solucionar esto?"

"Muy fácil, me dijo: véngase usted a vivir aquí, es pensionista nuestro, va a la Universidad, termina sus estudios, y entonces usted nos conoce mejor, nosotros lo conocemos mejor a usted y..., y decide la cosa". Y así lo hice.

El año 29 yo me recibí de abogado a fines de año, y había vivido desde mediados del 27, todo el año 28 y año 29 con los salesianos... Conocí su vida, conocí las personas que eran; me encontré bien, creí que el Señor me llamaba a esto, y entonces hice la solicitud de entrar al noviciado. Me admitieron: empezamos el noviciado el año 30, el día 28 de enero, que era, entonces, el día de San Juan Crisóstomo, un gran santo, y al día siguiente, el día de San Francisco de Sales. Empezamos el noviciado (un noviciado bastante numeroso). Había un grupo de jóvenes que venían de Italia y otro grupo de jóvenes chilenos entre los cuales éramos dos abogados, porque otro compañero mío también entró a conocer al Padre Valentín; también él tenía la inquietud del sacerdocio y entró a la congregación. Se llama el Padre Alberto Muñoz.

Y..., aquí comienza mi vida salesiana. Al año siguiente hicimos los votos. En realidad tengo cincuenta y un años de vida salesiana: pero después de treinta años de vida salesiana, el Santo Padre me "jubiló" como salesiano..., al menos por el momento, y me nombró Obispo de Valparaíso, en 1959. Fui nombrado, fui "consagrado", como decíamos entonces, u "ordenado" Obispo, como decimos hoy, el 29 de noviembre de 1959. Y comenzó una vida totalmente diversa. Después de un año y medio, un buen día, la Virgen Auxiliadora se atraviesa en mi camino de nuevo. Ella se nota que tiene cierto dominio, cierto derecho sobre esta pobre persona, porque el día 23 de mayo del año 61, el Señor Nuncio me llama por teléfono desde Santiago a Valparaíso, y me dice: "Felicidades ("augurí" me dijo en italiano)... felicidades Señor Obispo. Mañana, día de María Auxiliadora, en L'Osservatore Romano aparece su nombramiento como Arzobispo de Santiago..."

¡Que Dios lo perdone, Señor Nuncio...! Y en ese momento cayó sobre mis hombros la Cruz ciertamente más pesada que he recibido. Han pasado tantas vicisitudes... Sería largo contarlas.

Pero Don Bosco me había enseñado varias cosas interesantes. La primera, a confiar siempre en Dios. ¿Qué irá a ser de mí?, ¿qué me irá a pasar?; ¿cómo voy a ir a Santiago?; ¿cuántas luchas me esperan? No lo sé. Si Dios me llama, El pensará por mí...; he de confiar en el Señor...; Dios me ayudará. Y la Virgen Santa, bajo cuyo patrocinio yo empezaba esta nueva etapa de mi vida, ciertamente no se olvidará de mí.

Segunda cosa que me enseñó Don Bosco: el amor a los pobres y a los niños, un amor profundo, un amor que desea ardientemente trabajar por ellos, ganarlos a ellos, hacerlos felices, que realmente se realicen como hombres y que puedan llegar un día a la Patria del Padre. Dedicarme a ellos con el tesón, con la generosidad, con la confianza, con el sacrificio con que lo hacía Don Bosco, fue para mí un bello ideal.

Me enseñó también, otra cosa importante: amar al terruño, la patria, donde uno ha nacido, pero desprendiéndose de los entusiasmos o de las pasiones; no amar con la pasión, con la violencia, en forma irracional; hacer que en la vida de uno predomine la razón..., la razón. El valor que le da Don Bosco a la razón,

en su sistema, es extraordinario; y el Padre que era mi confesor y mi director espiritual, me hizo ver que Dios le daba al hombre la razón para guiarlo, y el negarse a oír la voz de la razón, era negar el camino que el Señor le señala al hombre, que debía ser yo un hombre de razón y no de pasiones, que debía dominar las pasiones... Eso lo aprendí de Don Bosco y del santo sacerdote que me guiaba; me parecía muy difícil. Uno cree que la religión es cuestión de sentimiento, y ahora aprendí que la religión es cuestión de razón... que el corazón debe seguir a la razón y no al revés. Esto fue como cambiarme totalmente... y por eso... cuando uno ve (así me lo enseñaron), cuando uno ve lo que debe hacer, con serena tranquilidad debe hacerlo, pase lo que pase, siempre que sea viable...

Pero Don Bosco, a su vez, me enseñó otra cosa: no siempre se puede obtener lo que uno debiera hacer, y en el camino de la evangelización no siempre se puede conseguir, a primera vista, en el primer momento, diré mejor, lo que uno debe alcanzar, y entonces Don Bosco decía: "Bueno, si hay una piedra inmensa en el camino, yo la rodeo... y sigo adelante (...) y si el diablo se pone adelante, yo soy capaz de sacarme el sombrero, darle un gran saludo, con tal de que me deje pasar a salvar un alma.

Es una cosa bastante extraña, en la cual yo no había reparado; y al ver la vida de Don Bosco durante las guerras de la Unificación Italiana, cómo él, a pesar de ser el amante enfervorizado de la Iglesia y del Papado, supo ganarse la amistad de los hombres políticos de la época, que confiaban en él, y pudo resolver un problema enorme, el problema de la elección de los obispos en las diócesis italianas después del 70. Había una cantidad inmensa de diócesis sin Obispo y las relaciones con la Santa Sede estaban rotas. Don Bosco fue el intermediario y consiguió esto...

Bueno, no sigo más porque ya me he alargado demasiado... Sólo les pido a ustedes una cosa: recen por este salesiano; en cincuenta años, vosotros podéis creer que ha cometido muchas faltas..., recen por él...; que el Señor y que la Virgen Santa no se hayan arrepentido de haberme escogido para ser salesiano..., para ser su Obispo, su Representante, su Vicario..., para ser Arzobispo y Cardenal de la Santa Iglesia.

Gracias a ustedes, gracias a Dios y digan una oración por este pobre salesiano.

Punta Arenas, 2 de febrero de 1981